

Noticario

LORD COCHRANE.

En un relato apasionante, pues en él entran todos los elementos que le confieren calor de vida y emoción, Enrique Bunster nos da la imagen de ese «gentilhombre aventurero» que se llamó Lord Tomás Alejandro Cochrane. Es sensible que esta semblanza de tan interesante personaje sólo abarque la etapa de su permanencia en Chile, circunstancia que restringe el mérito del libro en el aspecto de su totalidad, pues Bunster, que conoce bien su oficio de escritor, pudo convertir la lista de fechas que señalan los episodios de la vida del Almirante, anteriores a su llegada a nuestro país, y que se inserta al comienzo del volumen, en una biografía completa, para la cual contaba con toda clase de datos y referencias que le permitieran crear el ambiente, ya que el carácter del personaje lo conocía perfectamente.

El libro de Bunster debiera llamarse «Lord Cochrane en Chile», teniendo en cuenta la circunstancia anotada. Aquí estuvo sólo cuatro años de los ochenta que vivió tan intensamente. Un día acariciado por el resplandor del triunfo hasta igualarse con las más altas figuras de la historia universal. Luego, como todos los hombres de pasiones violentas y de verdadera y poderosa personalidad, la fortuna le volvía la espalda momentáneamente. Los dioses del éxito no podían abandonar a

un hombre de tan rica vitalidad, de tan temerarios y generosos anhelos. Ha hecho bien Bunster al escribir estas páginas con encendido elogio para el Almirante, que es el padre de nuestra marina de guerra, y el espíritu animador de todas nuestras gloriosas tradiciones navales. Cochrane realizó aquí, en el Pacífico, hazañas tan altas que nada tenían que envidiar a las más importantes acciones navales que se desarrollaron en Europa. Supo transformar a nuestros bizoños marineros, en invencibles lobos de mar. La toma de la Esmeralda en la fortaleza del Callao, la de Valdivia y la destrucción de todo el poder naval de España en la costa del Pacífico, son hechos que alcanzan relieves fabulosos.

Pero este hombre de tan positivos méritos, de tan avasalladora personalidad no podía permanecer sin despertar envidias y celos. Era además la época en que el hombre de Europa y el de América, se miraban en actitud de permanente desafío. En un ambiente tan reducido como el nuestro, la figura de Lord Cochrane que se había iniciado en un escenario de tan vastas proporciones como el de la Europa coaligada en contra del poderío de Napoleón, ocupaba demasiado espacio, obscurecía el brillo de muchos hombres que actuaban en primera fila en las luchas emancipadoras de América.

San Martín, el Libertador del Sur, opuso la firmeza de su carácter a la arrogancia dominadora del impetuoso británico. La enemistad de estos dos grandes hombres ha quedado consignada en la historia. Eran dos mentalidades tan opuestas que no pudieron evitar el choque. Y de ahí nacen dos corrientes de opiniones apasionadas que tratan de restar méritos a cada uno de estos hombres cuyas acciones los consagraban como dignos del respeto y de la veneración de los países que no recibieron directamente el beneficio de los triunfos de Bolívar. Bunster, en su afán de glorificar a Cochrane, no elude menoscabar la gloria de San Martín. Y aunque con esto nada se consigue, pues el argentino tiene exaltados admiradores, que cada vez colocan

más alta la figura del vencedor de Maipú. Comprobamos con esto que, a través de cien años, esas disenciones no han perdido su virulencia y siguen pesando en el ánimo del escritor de hoy que para reivindicar la memoria de un hombre se ve obligado a mostrar las flaquezas de otro. Vemos que las simpatías y los odios se heredan, ya sea por afinidad de razas o de temperamento. Enrique Bunster, en esta actitud, ha procedido lealmente, de acuerdo con sus convicciones y con el criterio que se le formó después de conocer ampliamente aquella realidad. En las Memorias de Lord Cochrane hay buenos cogollos para referirse a San Martín y éste lo tuvo muy presente hasta el fin de sus días. Recordamos al respecto una frase que el argentino le dice a Pérez Rosales, cuando éste siendo un niño, le cuenta lo que de él se dice en Chile respecto al manejo de los fondos de la Expedición Libertadora: «Gringo badulaque, almirantito, —dice San Martín— que cuanto no podía embolsicar, lo consideraba robo». (Recuerdos del Pasado, pág. 102. Ed. Zig-Zag).

Ajustándose a los hechos, sin deformar ni aumentar la realidad, Bunster ha escrito páginas de gran amenidad y de indiscutible valor humano y asimismo histórico que reflejan en forma certera la personalidad de Lord Tomás Alejandro Cochrane, a quien Chile le debe una inmensa gratitud.

HIJOS.

Zig-Zag, acaba de lanzar a la publicidad en una buena traducción de Fernando Silva Y., otra de las novelas de Pearl Buck, la celebrada escritora norteamericana, agraciada con el Premio Nobel de Literatura. «Hijos» es la continuación de «La buena tierra» en los que se cuenta la vida de Wang Lung, aquel campesino chino que en compañía de O-Lan, su esposa llega a ser un gran terrateniente en la provincia donde vive.

El libro comienza con la muerte de Wang Lung. Ya ha muerto O-Lan y sólo viven las dos concubinas del viejo y rico